

buscar todas las canoas que en el rio pudo haber, y con ellas y unas barcas que se hicieron de madera de navios viejos de los de Garay, y pasaron de noche de la otra parte del rio ciento y cincuenta soldados, y los mas de ellos ballesteros y escopeteros, y cincuenta de á caballo; y como los principales de aquellas provincias velaban sus pasos y rios, como los vieron, dejáronlos pasar, y estaban aguardando de la otra parte; y si muchos guastecas se habían juntado en las primeras batallas que dieron á Cortés, muchos mas estaban juntos esta vez, y vienen como leones rabiosos á se encontrar con los nuestros; y á los primeros encuentros mataron dos soldados é hirieron sobre treinta, y tambien mataron tres caballos é hirieron otros quince, y muchos mejicanos; mas tal prisa les dieron los nuestros, que no pararon en el campo, é luego se fueron huyendo, y quedaron dellos muertos y heridos gran cantidad; y después que pasó aquella batalla, los nuestros se fueron á dormir á un pueblo que estaba despoblado, que se habían huido los moradores dél, y con buenas velas y escuchas y rondas y corredores del campo estuvieron, y de cenar no les faltó; y cuando amaneció, andando por el pueblo, vieron estar en un cu é adoratorio de idolos, colgados muchos vestidos y caras de soldados, adobadas como cueros de guantes, y con sus barbas y cabellos, que eran de los soldados que habían muerto á los capitanes que había enviado Garay á poblar el rio de Pánuco, y muchas dellas fueron conocidas de otros soldados, que decian que eran sus amigos, y á todos se les quebró los corazones de lástima de las ver de aquella manera, y luego las quitaron de donde estaban y las llevaron para enterrar; y desde aquel pueblo se pasaron á otro lugar, y como conocian que toda la gente de aquella provincia era muy belicosa, siempre iban muy recatados y puestos en ordenanza para pelear, no les tomasen descuidados y desapercibidos; y los descubridores de todo aquel campo dieron con unos grandes escuadrones de indios que estaban en celadas, para que cuando estuviesen los nuestros en las casas apeados dar en los caballos y en ellos; y como fueron sentidos, no tuvieron lugar de hacer todo lo que querian; mas todavía salieron muy denodadamente y pelearon con los nuestros como valientes guerreros, y estuvieron mas de media hora que los de á caballo y los escopeteros no les podian hacer retraer ni apartar de sí, y mataron dos caballos y hirieron otros siete, y tambien hirieron quince soldados y murieron tres de las heridas. Una cosa tenian estos indios: que ya que los llevaban de vencida, se tornaban á rehacer, y aguardaron tres veces en la pelea, lo cual pocas veces se ha visto acaecer entre estas gentes; y viendo que los nuestros les herian y mataban, se acogieron á un rio caudaloso é corriente, y los de á caballo y peones sueltos fueron en pos dellos é hirieron muchos; é otro dia acordaron de correrles el campo é ir á otros pueblos que estaban despoblados, y en ellos hallaron muchas tinajas de vino de la tierra puestas en unos soterraños á manera de bodegas; y estuvieron en estas poblaciones cinco dias corriéndoles las tierras, y como todo estaba sin gentes y despoblados, se volvieron al rio de Chile; y Cortés tornó luego á enviar á llamar de paz á todos los mismos pueblos

que estaban de guerra de aquella parte del rio, y como les habían muerto mucha gente, temieron que volverian otra vez sobre ellos, y á esta causa enviaron á decir que vendrian de ahí á cuatro dias, que buscaban joyas de oro para le presentar; y Cortés aguardó todos los cuatro dias que habían dicho que vendrian, y no vinieron por entonces; y luego mandó á un pueblo muy grande que estaba cabe una laguna, que era muy fuerte por sus ciénagas y rio, que de noche obscuro y medio lloviznando, que en muchas canoas que luego mandó buscar, atadas de dos en dos, y otras sueltas, y en barcas bien hechas, pasasen aquella laguna á una parte del pueblo en parte y paraje que no fuesen vistos ni sentidos de los de aquella poblacion, y pasaron muchos amigos mejicanos, y sin ser vistos, dan en el pueblo, el cual pueblo destruyeron, y hubo muy gran despojo y estrago en él; allí cargaron los amigos de todas las haciendas de los naturales que dél tenían; y desde aquello vieron, todos los mas pueblos comarcanos dende á cinco dias acordaron de venir de paz, excepto otras poblaciones que estaban muy á trasmano, que los nuestros no pudieron ir á ellos en aquella sazón; y por no me detener en gastar mas palabras en esta relacion de muchas cosas que pasaron, las dejaré de decir, sino que entonces pobló Cortés una villa con ciento y treinta vecinos, y entre ellos dejó veinte y siete de á caballo y treinta y seis escopeteros y ballesteros, por manera que todos fueron los ciento y treinta; llamábase esta villa Sant-Estéban del Puerto, y está obra de una legua de Chile; y en los vecinos que en aquella villa poblaron repartió y dió por encomienda todos los pueblos que habían venido de paz, y dejó por capitán dellos y por su teniente á un Pedro Vallejo; y estando en aquella villa de partida para Méjico, supo por cosa muy cierta que tres pueblos que fueron cabeceras para la rebelion de aquella provincia, y fueron en la muerte de muchos españoles, andaban de nuevo, después de haber ya dado la obediencia á su majestad y haber venido de paz, convocando y atrayendo á los demás pueblos sus comarcanos, y decian que después que Cortés se fuese á Méjico con los de á caballo y soldados, que á los que quedaban poblados que diesen un dia ó noche en ellos y que tendrian buenas hartazgas con ellos; y sabida por Cortés la verdad muy de raíz, les mandó quemar las casas; mas luego se tornaron á poblar. Digamos que Cortés había mandado antes que partiese de Méjico para ir á aquella entrada, que dende la Veracruz le enviasen un barco cargado con vino y vituallas y conservas y bizcocho y herraje, porque en aquella sazón no había trigo en Méjico para hacer pan; é yendo que iba el barco su viaje á la derrota de Pánuco, cargado de lo que fué mandado, parece ser que hubo muy recios nortes y dió con él en parte que se perdió, que no se salvaron sino tres personas, que aportaron en unas tablas á una isleta donde había unos muy grandes arenales, seria tres ó cuatro leguas de tierra, donde había muchos lobos marinos, que salian de noche á dormir á los arenales, y mataron de los lobos, y con lumbré que sacaron con unos palillos como la sacan en todas las Indias las personas que saben cómo se ha de sacar, tuvieron lugar de asar la carne de los lobos, y cavaron en mitad de la isla é hicieron

ron unos como pozos y sacaron agua algo salobre, y tambien había una fruta que parecian ligos, y con la carne de los lobos marinos y la fruta y agua salobre se mantuvieron mas de dos meses; y como aguardaban en la villa de Sant-Estéban el refresco y bastimento y herraje, escribió Cortés á sus mayordomos á Méjico que cómo no enviaban el refresco; y cuando vieron la carta de Cortés, tuvieron por muy cierto que se había perdido el barco, y enviaron luego los mayordomos de Cortés un navio chico de poco porte en busca del barco que se perdió, y quiso Dios que se toparon en la isleta donde estaban los tres españoles de los que se perdieron, con ahumadas que hacian de noche é de dia; é desde que vieron el barco, se alegraron, y embarcados, vinieron á la villa, y llamábase el uno dellos Fulano Celiano, vecino que fué de Méjico. Dejémoslo desto, y digamos, como en aquella sazón nuestro capitán Cortés se venia ya para Méjico, tuvo noticia que en unos pueblos que estaban en unas sierras que eran muy agras se habían rebelado y hacian grande guerra á otros pueblos que estaban de paz, y acordó de ir allá antes que entrase en Méjico; é yendo por su camino, los de aquella provincia lo supieron é aguardaron en un paso malo, y dieron en la rezaga del fardaje y le mataron ciertos tamemes y robaron lo que llevaban; y como era el camino malo, por defender el fardaje los de á caballo que los iban á socorrer reventaron dos caballos; y llegados á las poblaciones, muy bien se lo pagaron; que, como iban muchos mejicanos nuestros amigos, por se vengar de lo que les robaron en el puerto y camino malo, como dicho tengo, mataron y cautivaron muchos indios, y aun el cacique y su capitán murieron ahorcados después que hubieron vuelto lo que habían robado; y esto hecho, Cortés mandó á los mejicanos que no hiciesen mas daño, y luego envió á llamar de paz á todos los principales y papas de aquella poblacion, los cuales vinieron y dieron la obediencia á su majestad; y el cacicazgo mandó que lo tuviese un hermano del cacique que habían ahorcado, y los dejó en sus casas pacíficos y muy bien castigados, y entonces se volvió á Méjico. Y antes que pase adelante, quiero decir que en todas las provincias de la Nueva-España otra gente mas sucia y mala y de peores costumbres no la hubo como esta de la provincia de Pánuco, y sacrificadores y crueles en demasía, y borrachos y sucios y malos, y tenían otras treinta torpezas; y si miramos en ello, fueron castigados á fuego y á sangre dos ó tres veces, y otros mayores males les vino en tener por gobernador á Nuño de Guzman, que desde que le dieron la gobernacion, los hizo casi á todos esclavos y los envió á vender á las islas, segun mas largamente lo diré en su tiempo y lugar. Volvamos á nuestra relacion, y diré, después que Cortés volvió á Méjico, en lo que entendió é hizo.

## CAPITULO CLIX.

Cómo Cortés y todos los oficiales del Rey acordaron de enviar á su majestad todo el oro que le había cabido de su real quinto de todos los despojos de Méjico, y cómo se envió de por sí la recámara del oro y todas las joyas que fueron de Montezuma y de Guatemaz, y lo que sobre ello acaeció.

Como Cortés volvió á Méjico de la entrada de Pánuco, anduvo entendiendo en la poblacion y edificacion

de aquella ciudad; y viendo que Alonso de Avila, ya otra vez por mí nombrado en los capítulos pasados, había vuelto en aquella sazón de la isla de Santo Domingo, y trajo recaudo de lo que le habían enviado á negociar con la audiencia real é frailes jerónimos que estaban por gobernadores de todas las islas, é los recaudos que entonces trajo fué, que nos daban licencia para poder conquistar toda la Nueva-España y herrar los esclavos, segun y de la manera que llevaron en una relacion, y repartir y encomendar los indios como en las islas Española é Cuba é Jamáica se tenia por costumbre; y esta licencia que dieron fué hasta en tanto que su majestad fuese sabidor dello, ó fuese servido mandar otra cosa; de lo cual luego le hicieron relacion los mismos frailes jerónimos, y enviaron un navio por la posta á Castilla, y entonces su majestad estaba en Flándes, que era mancebo, y allá supo los recaudos que los frailes jerónimos le enviaban; porque al obispo de Búrgos, puesto que estaba por presidente de Indias, como conocian dél que nos era muy contrario, no le daban cuenta dello ni trataban con él otras muchas cosas de importancia, porque estaban muy mal con sus cosas. Dejémoslo del Obispo, y volvamos á decir que, como Cortés tenía á Alonso de Avila por hombre atrevido y no estaba muy bien con él, siempre le quería tener muy léjos de sí, porque verdaderamente si cuando vino el Cristóbal de Tapia con las provisiones el Alonso de Avila se hallara en Méjico, porque entonces estaba en la isla de Santo Domingo, y como el Alonso de Avila era servidor del obispo de Búrgos é había sido su criado, y le traian cartas para él, fuera gran contraditor de Cortés y de sus cosas, y á esta causa siempre procuraba Cortés de tenello apartado de su persona; y cuando vino deste viaje que dicho tengo, por consejo de fray Bartolomé de Olmedo, por le contentar y agradar, le encomendó en aquella sazón el pueblo de Guatitlan, y le dió ciertos pesos de oro, y con palabras y ofrecimientos y con el depósito del pueblo por mí nombrado, que es muy bueno y de mucha renta, le hizo tan su amigo y servidor, que le envió después á Castilla, y juntamente con él á su capitán de la guarda, que se decia Antonio de Quiñones, los cuales fueron por procuradores de la Nueva-España y de Cortés, y llevaron dos navios, y en ellos ochenta y ocho mil castellanos en barras de oro; y llevaron la recámara que llamamos del gran Montezuma, que tenía en su poder Guatemuz, y fué un gran presente, en fin para nuestro gran César, porque fueron muchas joyas muy ricas y perlas tamañas algunas dellas como avellanas, y muchos chalchiuies, que son piedras finas como esmeraldas, y por ser tantas y no me detener en escribirlas, lo dejaré de decir y traer á la memoria; y tambien enviamos unos pedazos de huesos de gigantes que se hallaron en un cu é adoratorio en Cuyoacan, que eran segun y de la manera de otros grandes zancarrones que nos dieron en Tlascala, los cuales habíamos enviado la primera vez, y eran muy grandes en demasía; y le llevaron tres tigres, y otras cosas que ya no me acuerdo; y por estos procuradores escribió el cabildo de Méjico á su majestad, y ansimismo todos los mas conquistadores escribimos con el cabildo juntamente, é fray Bartolomé de Olmedo, de la orden de la



Merced, y el tesoro Julian de Alderete; y todos á una decíamos de los muchos y buenos é leales servicios que Cortés y todos nosotros los conquistadores le habíamos hecho y á la contina hacíamos, y todo lo por nosotros sucedido desde que entramos á ganar la ciudad de Méjico, y cómo estaba descubierta la mar del Sur y se tenía por cierto que era cosa muy rica; y suplicamos á su majestad que nos enviase obispos y religiosos de todas órdenes, que fuesen de buena vida y doctrina, para que nos ayudasen á plantar mas por entero en estas partes nuestra santa fe católica, y le suplicamos todos á una que la gobernacion desta Nueva-España que le hiciese merced della á Cortés, pues tan bueno y leal servidor le era, y á todos nosotros los conquistadores nos hiciese merced para nosotros y para nuestros hijos que todos los oficios reales, en fin de tesoro, contador y fator, y escribanías públicas é fieles ejecutores y alcaldías de fortalezas, que no hiciese merced dellas á otras personas, sino que entre nosotros se nos quedase; y le suplicamos que no enviase letrados, porque en entrando en la tierra la pondrian revuelta con sus libros, é habria pleitos y disensiones; y se le hizo saber lo de Cristóbal de Tapia, cómo venia guiado por don Juan Rodriguez de Fonseca, obispo de Búrgos, y que no era suficiente para gobernar, y que se perdiera esta Nueva-España si él quedara por gobernador; y que tuviese por bien de saber claramente qué se habian hecho las cartas y relaciones que le habíamos escrito dando cuenta de todo lo que habia acaecido en esta Nueva-España, porque teníamos por muy cierto que el mismo obispo no se le enviaba, y antes le escribía al contrario de lo que pasaba, en favor de Diego Velazquez, su amigo, y de Cristóbal de Tapia, por casalle con una parienta suya que se decia doña Pretonila de Fonseca; y cómo presentó ciertas provisiones que venian firmadas é guiadas por el dicho obispo de Búrgos, y que todos estábamos los pechos por tierra para las obedecer, como se obedecieron; mas viendo que el Tapia no era hombre para guerra, ni tenia aquel ser ni cordura para ser gobernador, que suplicaron de todas las provisiones hasta informar á su real persona de todo lo acaecido, como agora le informamos, y le hacíamos sabidor como sus leales vasallos, é somos obligados á nuestro rey y señor; y que agora, que de lo que mas fuere servido mandar, que aquí estamos los pechos por tierra para cumplir su real mando; y tambien le suplicamos que fuese servido de enviar á mandar al obispo de Búrgos que no se entremetiese en cosas ningunas de Cortés ni de todos nosotros, porque sería quebrar el hilo á muchas cosas de conquistas que en esta Nueva-España nosotros entendíamos, y en pacificar provincias, porque habia mandado el mismo obispo de Búrgos á los oficiales que estaban en la casa de la contratacion de Sevilla, que se decian Pedro de Ilasaga y Juan Lopez de Recalte, que no dejasen pasar ningun recaudo de armas ni soldados ni favor para Cortés ni para los soldados que con él estaban; y tambien se le hizo relacion cómo Cortés habia ido á pacificar la provincia de Pánuco y la dejó de paz, y las muy recias y fuertes batallas que con los naturales della tuvo, y cómo era gente muy belicosa y guerrera, y cómo habian muerto los de aquella provincia á los ca-

pitanes que habia enviaba Francisco de Garay, y á todos sus soldados, por no se saber dar maña en las guerras; y que habia gastado Cortés en la entrada sobre sesenta mil pesos, y que los demandaba á los oficiales de su real hacienda y no se los quisieron pagar. Tambien se le hizo sabidor cómo agora hacia el Garay una armada en la isla de Jamáica, y que venian á poblar el rio de Pánuco; y porque no le acaeciese como á sus capitanes, que se los mataron, que suplicáramos á su majestad que le enviase á mandar que no salga de la isla hasta que esté muy de paz aquella provincia, porque nosotros se la conquistáremos y se la entregáremos; porque si en aquella sazón viniese, viendo los naturales de aquestas tierras dos capitanes que manden, tendrán divisiones y levantamientos, especial los mejicanos; y escribiósele otras muchas cosas. Pues Cortés por su parte no se le quedó nada en el tintero, y aun de manera lizo relacion en su carta de todo lo acaecido, que fueron veinte y una plana; é porque yo las leí todas, é lo entendí muy bien, lo declaro aquí como dicho tengo. Y demás desto, enviaba Cortés á suplicar á su majestad que le diese licencia para ir á la isla de Cuba á prender al gobernador della, que se decia Diego Velazquez, para enviársele á Castilla, para que allá su majestad le mandase castigar, porque no le desbaratase mas ni revolviere la Nueva-España, porque enviaba desde la isla de Cuba á mandar que matasen á Cortés. Dejémos de las cartas, y digamos de su buen viaje que llevaron nuestros procuradores después que partieron del puerto de la Veracruz, que fué en 20 dias del mes de diciembre de 1522 años, y con buen viaje desembarcaron por la canal de Bahama, y en el camino se les soltaron dos tigres de los tres que llevaban, é hirieron á unos marineros; y acordaron de matar al que quedaba, porque era muy bravo y no se podian valer con él; y fueron su viaje hasta la isla que llaman de la Tercera; y como el Antonio de Quiñones era capitán y se preciaba de muy valiente y enamorado, parece ser que se revolvió en aquella isla con una mujer é hubo sobre ella cierta quistion, y diéronle una cuchillada en la cabeza, de que al cabo de algunos dias murió, y quedó solo Alonso de Avila por capitán. E ya que iba el Alonso de Avila con los dos navios camino de España, no muy léjos de aquella isla topa con ellos Juan Florin, francés cosario, y toma todo el oro y navios, y prende al Alonso de Avila y llévanle preso á Francia. Y tambien en aquella sazón robó el Juan Florin otro navio que venia de la isla de Santo Domingo, y le tomó sobre veinte mil pesos de oro y muy gran cantidad de perlas y azúcar y cueros de vacas, y con todo esto se volvió á Francia muy rico, é hizo grandes presentes á su rey é al almirante de Francia de las cosas é piezas de oro que llevaba de la Nueva-España, que toda Francia estaba maravillada de las riquezas que enviábamos á nuestro gran emperador, y aun al mesmo rey de Francia le tomaba codicia de tener parte en las islas de la Nueva-España; y entonces es cuando dijo que solamente con el oro que le iba á nuestro César destas tierras le podia dar guerra á su Francia; y aun en aquella sazón no era ganado ni habia nueva del Pirú, sino, como dicho tengo, lo de la Nueva-España y las islas de Santo Domingo y San Juan y Cuba y Jamáica; y en-

tonces dice que dijo el rey de Francia, ó se lo envió á decir á nuestro gran emperador, que cómo habian partido entre él y el rey de Portugal el mundo, sin darle parte á él? Que mostrasen el testamento de nuestro padre Adán, si les dejó á ellos solamente por herederos y señores de aquellas tierras que habian tomado entre ellos dos, sin dalle á él ninguna dellas, é que por esta causa era lícito robar y tomar todo lo que pudiese por la mar; y luego tornó á mandar á Juan Florin que volviese con otra armada á buscar la vida por la mar; y de aquel viaje que volvió, ya que llevaba otra gran presa de todas ropas entre Castilla y las islas de Canaria, dió con tres ó cuatro navios recios y de armada, yzcaínos, y los unos por una parte y los otros por otra embisten con el Juan Florin, y le rompen y desbaratan, y préndenle á él y á otros muchos franceses, y les tomaron sus navios y ropa, y á Juan Florin y á otros capitanes llevaron presos á Sevilla á la casa de la contratacion, y los enviaron presos á su majestad; y después que lo supo, mandó que en el camino hiciesen justicia dellos, y en el puerto del Pico los ahorcaron; y en esto paró nuestro oro y capitanes que lo llevaban, y el Juan Florin que lo robó. Pues volvamos á nuestra relacion, y es, que llevaron á Francia preso á Alonso de Avila, y le metieron en una fortaleza, creyendo haber dél gran rescate, porque, como llevaba tanto oro á su cargo, guardábanle bien; y el Alonso de Avila tuvo tales maneras y concierto con el caballero francés que lo tenia á cargo ó le tenia por prisionero, que para que en Castilla supiesen de la manera que estaba preso y le viniesen á rescatar, dijo que fuesen por la posta todas las cartas y poderes que llevaba de la Nueva-España, y que todas se diesen en la corte de su majestad al licenciado Nuñez, primo de Cortés, que era relator del real Consejo, ó á Martin Cortés, padre del mismo Cortés, que vivia en Medellin, ó á Diego de Ordás, que estaba en la corte; y fueron á todo buen recaudo, que las hubieron á su poder, y luego las despacharon para Flándes á su majestad, porque al obispo de Búrgos no le dieron cuenta ni relacion dello, y todavía lo alcanzó á saber el obispo de Búrgos, y dijo que se holgaba que se hubiese perdido y robado todo el oro. Dejemos al Obispo, y vamos á su majestad, que, como luego lo supo, dijeron, quien lo vió y entendió, que hubo algun sentimiento de la pérdida del oro, y de otra parte se alegró viendo que tanta riqueza le enviaban, é que sintiese el rey de Francia que con aquellos presentes que le enviábamos que le podia dar guerra; y luego envió á mandar al obispo de Búrgos que en lo que tocaba á Cortés é á la Nueva-España, que en todo le diese favor y ayuda, y que presto vendria á Castilla y entenderia en ver la justicia de los pleitos y contiendas de Diego Velazquez y Cortés. Y dejemos esto, y digamos cómo luego supimos en la Nueva-España la pérdida del oro y riquezas de la recámara, y prision de Alonso de Avila, y todo lo demás aquí por mí memorado, y tuvimos dello gran sentimiento; y luego Cortés con brevedad procuró de haber é llegar todo el mas oro que pudo recoger, y de hacer un tiro de oro bajo y de plata de lo que habian traído de Mechoacan, para enviar á su majestad, y llamóse el tiro Fénix. Y tambien quiero decir que siempre estuvo el pueblo de Guatilan,

que dió Cortés á Alonso de Avila, por el mismo Alonso de Avila, porque en aquella sazón no le tuvo su hermano Gil Gonzalez de Benavides, hasta mas de tres años adelante, que el Gil Gonzalez vino de la isla de Cuba, é ya el Alonso de Avila estaba suelto de la prision de Francia y habia venido á Yucatan por contador; y entonces dió poder al hermano para que se sirviese dél, porque jamás se le quiso traspasar. Dejémos de cuentos viejos, que no hacen á nuestra relacion, y digamos todo lo que acaeció á Gonzalo de Sandoval y á los demás capitanes que Cortés habia enviado á poblar las provincias por mí ya nombradas, y entre tanto acabó Cortés de mandar forjar el tiro é allegar el oro para enviar á su majestad. Bien sé que dirán algunos curiosos letores que por qué, cuándo envió Cortés á Pedro de Albarado y á Gonzalo de Sandoval y los demás capitanes á las conquistas y pacificaciones ya por mí nombradas, no concluí con ellos en esta mi relacion lo que habian hecho en ellas, y en lo que en las jornadas á cada uno ha acaecido, y lo vuelvo ahora á recitar, que es volver muy atrás de nuestra relacion; y las causas que agora doy á ellos es que, como iban camino de sus provincias á las conquistas, y en aquel instante llegó al puerto de la Villa-Rica el Cristóbal de Tapia, otras muchas veces por mí nombrado, que venia para ser gobernador de la Nueva-España; y para consultar Cortés lo que sobre el caso se podia hacer, é tener ayuda y favor dellos, como Pedro de Albarado é Gonzalo de Sandoval eran tan experimentados capitanes y de buenos consejos, envió por la posta á los llamar, y dejaron sus conquistas é pacificaciones suspensas, é como he dicho, vinieron al negocio de Cristóbal de Tapia, que era mas importante para el servicio de su majestad, porque se tuvo por cierto que si el Tapia se quedara para gobernar, que la Nueva-España y Méjico se levantarán otra vez; y en aquel instante tambien vino Cristóbal de Oli de Mechoacan, como era cerca de Méjico, y la halló de paz, y le dieron mucho oro y plata; y como era recién casado, y la mujer moza y hermosa, apresuró su venida. Y luego, tras esto de Tapia, aconteció el levantamiento de Pánuco, y fué Cortés á lo pacificar, como dicho tengo en el capítulo que dello habla, y tambien para escribir á su majestad, como escribimos, y enviar el oro y dar poder á nuestros capitanes y procuradores por mí ya nombrados; y por estos estorbos, que fueron los unos tras los otros, lo torno aquí á traer á la memoria, y es desta manera que diré.

## CAPITULO CLX.

Cómo Gonzalo de Sandoval llegó con su ejército á un pueblo que se dice Tustepeque, y lo que allí hizo, y después pasó á Guacualco, y todo lo mas que le avino.

Llegado Gonzalo de Sandoval á un pueblo que se dice Tustepeque, toda la provincia le vino de paz, excepto unos capitanes mejicanos que fueron en la muerte de sesenta españoles y mujeres de Castilla que se habian quedado malos en aquel pueblo cuando vino Narvaez, y era en el tiempo que en Méjico nos desbarataron; entonces los mataron en el mismo pueblo; é desde obra de dos meses que hubieron muerto los por mí dichos, porque entonces fui con Sandoval, yo posé en una como